

Durante la ejecución de una valona, el auditorio suspende el baile para centrar su atención en el texto poético; como lo ha señalado Arturo Warman: “en este género la letra tiene mayor importancia que la música, la que no registra variaciones”. Efectivamente, todas las valonas se cantan con la misma música, que se integra por una melodía instrumental, ejecutada por los violines, que lo mismo es la introducción musical que antecede a la cuarteta inicial, que el puente instrumental que precede a “las cuatro décimas que se entonan a continuación, separadas por frases musicales acentuadas por acordes; la valona termina con [una] cuarteta de despedida que se liga con la primera frase musical de un son que sirve de final a la pieza” (Warman, 2002: 15).

El peso específico mayor de la valona se encuentra, pues, en el componente poético; a diferencia de otros géneros tradicionales de la región, como los sones, las canciones rancheras y los jarabes, las valonas fueron y son escritas antes que cantadas, y comienzan a circular a partir de una versión escrita, aun cuando el vehículo fundamental de actualización sea la voz de los valoneros. Esto ha hecho pensar a muchos músicos que las valonas

proviene en su mayoría de un “libro de valonas [...] que ha sido] atesorado celosamente por cada uno de sus guardianes; se dice que el libro ha pasado de generación en generación; su enorme valor crece con el tiempo, pues se supone que aún alguien lo conserva por ahí, y sigue sacando de sus páginas nuevas valonas para delicia del público y para gloria de algunos valoneros privilegiados” (González, 2002: 12).

En realidad, las valonas siguen siendo creadas por compositores locales, como José y Rafael Álvarez Sánchez y Antonio Cuevas, *El michoacano*, cuyas composiciones se presentan año con año en el concurso de música y baile tradicionales que conmemora la firma de la Constitución de Apatzingán de 1814. Según el decir popular, al terminar las sesiones el generalísimo Morelos y los constituyentes habrían bailado al son del arpa grande y habrían escuchado valonas.

Afincado así en la historia local, acunado también en la leyenda y tan propio del gusto popular terracalienteño, este género enseña con el efectivo recurso de la risa y funge como un espejo en el que los vicios sociales aparecen distorsionados en personajes de hilarante figura, siempre con el valor agregado de la